

*La retórica bajo el barniz de la lógica:
Samuel Ramos y su discurso sobre la inferioridad mexicana*

*Rhetoric under the varnish of Logic:
Samuel Ramos and his discourse on Mexican inferiority*

*La retórica bajo el barniz de la lógica:
Samuel Ramos y su discurso sobre la inferioridad mexicana*

Resumen:

Samuel Ramos dedica el trabajo filosófico *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) a la esencia del pueblo mexicano. Destaca como rasgo distintivo del mexicano el sentimiento de inferioridad y el deseo de mantener oculta esta inferioridad por medio de camuflajes. El presente análisis del *Perfil* saca a la luz una discrepancia entre la forma que Ramos simula –la de un tratado científico– y la verdadera constitución argumentativa de su texto –la de un discurso retórico–. De acuerdo con la postura antirretórica de los racionalistas, Ramos considera la argumentación retórica como un razonamiento inferior que tiene que disimularse y esconderse bajo una capa brillante de barniz científico.

Palabras clave:

Identidad mexicana, inferioridad, retórica, argumentación, racionalismo.

Rhetoric under the varnish of Logic:

Samuel Ramos and his discourse on Mexican inferiority

Abstract

Samuel Ramos reflects on the essence of the Mexican people in the philosophical essay *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934). He emphasizes the sentiment of inferiority and the desire to hide this inferiority by camouflage strategies as a distinctive characteristic of the Mexican. This analysis of Ramos' *Perfil* unveils a discrepancy between the form that the author imitates –the scientific treatise– and the true argumentative constitution of his text –the rhetoric discourse–. Along with the anti-rhetoric position of the rationalists, Ramos considers the rhetoric argumentation as an inferior approach that has to be dissimulated and hidden under a layer of science.

Key words:

Mexican Identity, Inferiority, Rhetoric, Argumentation, Rationalism.

*La retórica bajo el barniz de la lógica:
Samuel Ramos y su discurso sobre la inferioridad mexicana*

0. Preliminares: la retórica frente a la lógica

Antes de iniciar el análisis conviene abrir un breve paréntesis acerca de la retórica y su posición frente a la lógica. Para ello, hay que destacar que la retórica constituye un sistema de producción de discursos tanto mental como verbal, y de ahí su peculiar estructura doble: por un lado, es preciso tener en cuenta el aspecto semántico o de asunto, el método mental de la persuasión; en segundo lugar, conviene prestar atención al aspecto estilístico y, en este sentido, la retórica se identificaría con el método formal o agencia oratoria, el método del bien decir.

En teoría, la retórica es ambas cosas a la vez, tanto el aspecto formal como el aspecto semántico; en la práctica, sin embargo, la realidad resulta muy distinta. Determinar cuál de los dos elementos es el más importante de la retórica ha resultado un asunto polémica desde el nacimiento de esta disciplina. En el *Gorgias* de Platón, por primera vez, se establece la diferencia entre dos tipos de retórica: 1) la logografía, en la cual predomina el aspecto formal, que consiste en trucos, habilidades y palabreras y que se pone al servicio del oportunismo y de intereses personales; 2) la psicagogía, en la cual domina el aspecto mental y que constituye una búsqueda de la auténtica verdad. A pesar de que los nombres destinados a identificar ambas acepciones variarían a lo largo de los siglos –verba/ res; forma/contenido; retórica ornamental/retórica instrumental–, siempre se está aludiendo a esta misma bipartición cuya evolución a través del tiempo vamos a resumir muy brevemente.

He aquí, en primer lugar, la definición aristotélica del término retórica: “la facultad de ver, para cada cosa, lo que puede contribuir a la persuasión” (*Ret.* 1355b 7-14). Una retórica definida así, corresponde a la pura *inventio*, esto es, a la “búsqueda de las ideas generales y de los medios de persuasión” (Beristáin 1985: 158). Esta teoría de la persuasión a la que se refiere Aristóteles, una teoría en la que se privilegia el aspecto mental de la retórica, desembocará en la época romana, en el sistema de Cicerón y Quintiliano, quienes desarrollarán y refinarán, sobremanera, los aspectos de la

dispositio y de la *elocutio*.¹ Sin embargo, es importante subrayar que, a lo largo de toda la Antigüedad grecorromana, la Retórica debe verse como la antístrofa de la Dialéctica, siendo esta última la teoría de la lógica y aquella la teoría de la argumentación de lo verosímil o de lo preferible (Arist. *Ret.* 1354; Cic. *De Inv.* I,1,3; Quint. *Inst. Orat.* V, 1,1; XII, 2, 11).

En la Edad Media y en el Renacimiento, a continuación, la atención va dirigiéndose, paulatinamente, hacia la *elocutio* (ornamento) y la *actio* (declamación y ornamentación). Con el Clasicismo y el Racionalismo de los siglos XVII y XVIII, se culminará esta evolución: la retórica quedará reducida, definitivamente, a la *elocutio*. Más adelante, el Romanticismo se mostrará francamente hostil a esta retórica-*elocutio*, entendida como la enumeración técnica de figuras estilísticas.

Postrada hasta la segunda mitad del siglo XX, la retórica inicia su renacimiento bajo el nombre de Nueva Retórica, a finales de los años cincuenta. En este orden de las cosas, conviene destacar que estas Nuevas Retóricas reabrirán esa vieja polémica entre “fondo” y “forma” que atraviesa, como un hilo conductor, la historia de esta disciplina. Dos son las tendencias que se pueden reconocer en el ámbito de la Neorretórica: 1) el estructuralismo, por un lado, que recupera la retórica ornamental y 2) la hermenéutica, por otro, que reactualiza la retórica instrumental. El principal representante de la vertiente instrumental de la neorretórica es Perelman (1958), seguido por Meyer (1987). Perelman revaloriza la retórica, después de varios siglos de declive de la disciplina tal como la entendía Aristóteles, esto es, como una teoría de la argumentación. Ya hemos visto cómo la retórica, desde la época romana, había ido perdiendo paulatinamente su valor instrumental; pues bien, Perelman, a partir de la idea de que la verdad no siempre es evidente ni demostrable ni única, recuperará la retórica como teoría válida de la argumentación.² Era imprescindible que la retórica, para seguir siendo un instrumento válido de análisis de discursos persuasivos, se adaptara a los cambios de la sociedad (Belaval 50, 76) y Perelman realizó esta adaptación, al ampliar y al modernizar considerablemente el

¹ Sin embargo, la denominación “arte de bien decir”, que Quintiliano utiliza para referirse a la retórica, no ha de interpretarse como una evolución en la dirección de reducir la retórica a sus aspectos más ornamentales, sino que el adverbio “bien” alude a lo moralmente bueno, a lo verdadero.

² Los orígenes filosóficos de Perelman son muy significativos a este respecto: perteneció al grupo de Zürich, caracterizado por una tendencia filosófica denominada neodialéctica, que rechaza la existencia de verdades eternas y absolutas (González Bedoya 21).

terreno de la retórica. La historia, una vez más, se repite: si en la época clásica, era Aristóteles quien defendía la retórica contra las acusaciones de arbitrariedad de Platón, en la actualidad, es Perelman quien defiende la retórica frente a la supermacía de la ciencia positiva.

Resulta, en definitiva, que, a través de los siglos, la retórica siempre oscila entre una tendencia principalmente semántica y una inclinación básicamente estilística. González Bedoya (10), al considerar la evolución histórica de la retórica, explica que la opción por la tendencia instrumental u ornamental de esta disciplina puede explicarse a partir de la mentalidad filosófica de la época, y, más exactamente, a partir de la valoración de la opinión subjetiva en relación con la investigación objetiva. Si la verdad se considera como una evidencia racional, sostenida por argumentos estrictamente lógicos, la retórica se convertirá en una simple disciplina para el ropaje “estilístico” de las ideas. Si, por el contrario, la verdad puede surgir de la reflexión humana, de la combinación entre sentimiento y razón, la retórica se valorará, más bien, como un método a la hora de hallar argumentos válidos e ideas certeras que pueden persuadir de la verdad de lo que se declara.

Para poner fin a este breve paréntesis aclaratorio en torno a la posición de la retórica frente a la lógica, hemos de aclarar nuestro punto de vista respecto al asunto. A nuestro entender, la retórica ha de interpretarse como un sistema destinado a proporcionar los medios más adecuados y válidos, tanto argumentativos como estilísticos, para lograr la persuasión de un auditorio y como un excelente instrumental de análisis para textos de carácter persuasivo.

La cuestión de saber cómo entiende Samuel Ramos (1897-1959), autor cuyo ensayo analizamos en este estudio, la retórica es bien distinta. En los albores del siglo XX surgió en México la generación del Centenario³, que promueve, en un ambiente de protesta contra el positivismo, un nuevo espiritualismo intuicionista, y en el que la supremacía de la razón se pone en tela de juicio.⁴ El ambiente de protesta contra el positivismo se caracteriza por poner en duda la ingenua fe positivista en la intocable verdad de las ciencias. Aventuramos la hipótesis de que esta atmosfera de un nuevo

³ Los fundadores de la Generación del Centenario son José Vasconcelos y Antonio Caso. Los ateneístas de México, tales como Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña continúan esta línea de espiritualismo iniciada por Caso y Vasconcelos.

⁴ La generación del Centenario reaccionó contra la ideología del Estado revolucionario, contra la tradición positivista de los científicos que predominaba en los medios intelectuales del México de fines del siglo XIX, durante el porfiriato (1876-1910) y representado.

espíritu crítico, en el que las ciencias positivas y la supremacía de la razón se ponen en tela de juicio, mientras que se revalorizan la duda, la discusión y se reivindicará el estudio de las humanidades, bien puede considerarse como una base adecuada para una retórica que no se limita a una función ornamental, sino que adquiere su sentido original de búsqueda de la verdad. A esta tendencia enemiga del viejo positivismo siguió, en los años treinta, la generación de los Contemporáneos, entre cuyos líderes contamos Samuel Ramos y José Romano Muñoz, que reaccionaron contra el antiintelectualismo de sus predecesores Vasconcelos y Caso y que conocieron el inicio de un movimiento renovador de las ciencias, la técnica y la tecnología. Así es que, en el marco de nuestra reflexión introductoria acerca del significado oscilante de la retórica, al iniciar este análisis, lanzamos la hipótesis que la época de Samuel Ramos, en la que se revalorizan las ciencias positivas, bien puede considerarse como una base adecuada para una retórica que se aleja de de su significación original de método de búsqueda de argumentos válidos para convencer de la verdad .

1. *Propósito*

La obra de Samuel Ramos que nos ocupa, *El perfil del hombre y la cultura en México* (México 1934), se publica en un México movido por la polémica en torno a la expresión literaria de la identidad mexicana. Después de la Revolución de 1910, se intensifica en el México de las décadas de los veinte y los treinta, de grandes cambios sociales, la reflexión acerca de la identidad nacional. La pregunta nacionalista recibe respuestas variadas desde diversos ámbitos del quehacer cultural. Estas réplicas quedan plasmadas sobre todo en obras musicales y de pintura (los muralistas tales como Diego Rivera y José Clemente Orozco). En 1925 se inicia, en este contexto de busca de la identidad mexicana en el campo de la literatura, una polémica nacionalista que alcanza su auge en 1932 y cuyo hilo conductor fue la cuestión de saber de cómo ha de ser la literatura mexicana de la posrevolución.⁵

⁵ Dos bandos literarios se enfrentaron en la polémica nacionalista de 1932 en torno a la pregunta de saber cuál era la auténtica expresión literaria de México. Sheridan (1999: 9) considera que la polémica de 1932 representa la llegada de la Revolución al campo de lo literario. El contraste entre la literatura mexicana de aquella época, por un lado, y los movimientos muralistas y musicales, por otro, era muy vivo. El proyecto de establecer la auténtica nacionalidad, asumida plenamente por los últimos, había sido descuidado en el campo de la literatura, dominado por los Contemporáneos. Detrás de la polémica de 1932, había el deseo, por parte de los nacionalistas, de que la literatura se alié al muralismo en la tarea de formar la conciencia nacional del nuevo Estado mexicano. Para estos escritores e intelectuales, el ejercicio de la literatura debía relacionarse con la realidad mexicana inmediata. Para el grupo de los Contemporáneos y su mentor Alfonso Reyes, por otro, la auténtica literatura mexicana tenía que

Ramos subraya, en la década de los veinte cuando se inicia esta polémica, que le parece necesario adoptar una actitud metódica en la cuestión de la mexicanidad. En su artículo “Incipit vita nuova” (1925), Ramos reconoce, por un lado, las deudas de su generación respecto de sus maestros antipositivistas Caso y Vasconcelos, pero por otro, subraya que su trabajo será al mismo tiempo menos romántico y más sistemático (1925, 5). En breve, Ramos (1925, 5) pretende sustituir el intuicionismo de sus maestros por una reflexión metódica. En el mismo sentido, en su libro *Hipótesis* (1928), Samuel Ramos se distancia de la irracionalidad, la emoción y la intuición presentes en el trabajo de sus maestros, destacando que “fue un tanto equivocado abogar por la intuición en un país en el que hace falta la disciplina de la inteligencia” (Villegas 112).

Más referencias al método científico aplicado en el *Perfil* se encuentran en la *Historia de una filosofía en México* (1943), en el que el autor relata la génesis del *Perfil*. Refiriéndose a la polémica nacionalista que conoció su momento culminante en 1932, Ramos (1943, 51) destaca que “la confusión que había creado esta polémica subrayaba aun más la necesidad urgente de un método que de modo científico podía revelar la autenticidad mexicana”. Dicho debate, analizado a fondo por Díaz Arciniega, fue fundamental para la concepción metódica de la obra de Ramos. La insistencia en el método de Ramos puede entenderse como una reacción contra el propio carácter caótico y ametódico de la controversia. Efectivamente, la polémica entre nacionalistas y europeístas fue confusa y carecía de método. Así es que, incluso si algunos participantes en la polémica defendieron una tesis parecida a la que expone Ramos en su *Perfil*, lo que falta por completo en aquellas contribuciones es la ambición de calidad filosófica, de validez metódica y el intento de una organización formal sistemática. Ramos recuerda que, aunque ya tenía en mente las ideas para el libro en los años 30 y 31, seguía buscando un método filosófico que le permitiera resolver científicamente el problema, y refiere que encontraba una parte de este método en el perspectivismo de Ortega y Gasset. Como destaca Villegas, Ramos también quiere diferenciarse de sus predecesores inmediatos, Caso (1976, 1a ed. 1922) y Vasconcelos (1948, 1a ed. 1925), analizando la cultura mexicana como es y no como podría o debería ser: “La perspectiva de Ramos es muy diferente, su filosofía no es utopía sino realista, no es

resultar del diálogo con la literatura del Occidente. Para más documentación, véase la sección ‘Documentos’ en el libro de Sheridan dedicado al tema (1999), que recoge todas las contribuciones a la polémica.

filosofía de futuro sino de presente, no dice lo que debemos ser o lo que nos tiene deparado el destino, sino lo que somos realmente” (113). Por lo general, es efectivamente el realismo y el alejamiento del romanticismo de sus predecesores (Ramos 1946) que se reconocen como las más valiosas contribuciones de Samuel Ramos a la filosofía mexicana. Bartra (122-123), por ejemplo, considera que Ramos reacciona en su *Perfil* contra la exaltación irracional del sentimiento, la emoción y la intuición.

Con esta intención de proponer una reflexión más científica sobre la identidad nacional, Samuel Ramos publica en 1931 el artículo “La cultura criolla” en la revista *Contemporáneos*. Su contribución a la polémica se convertirá posteriormente en el cuarto capítulo de su trabajo *El perfil del hombre y la cultura en México* (1951, 1a ed. 1934).⁶ La ciencia está efectivamente muy presente en el estudio de Ramos, quien aborda la personalidad del mexicano desde una doble perspectiva científica, combinando la psicología y la historia. De acuerdo con el objetivo del propio Ramos, los estudiosos destacan el carácter científico y sistemático de su trabajo. En *El laberinto de la soledad*, por ejemplo, Octavio Paz destaca la posición del *Perfil* como el inicio formal de la busca de la mexicanidad : afirma que Samuel Ramos “inicia el *examen* del mexicano” y describe el *Perfil* como “la primera tentativa *seria* para conocernos” (26, subrayado nuestro).

Analizaremos el *Perfil* desde la óptica de dicha adhesión del libro a la ciencia. Para ello estudiaremos más de cerca las afirmaciones de Samuel Ramos sobre el carácter metódico y científico de su estudio de la mexicanidad antes de analizar la estructura y los argumentos utilizados por Ramos en el propio texto, cotejando las intenciones de Ramos con las características del texto. Este análisis del *Perfil* sacará a la luz una discrepancia entre el discurso que Ramos quiere y pretende realizar y la verdadera constitución de su texto.

⁶ En adelante abreviaremos: *El perfil*.

2. Lo que Ramos ambiciona: un trabajo metódico, sistemático, científico.

En el capítulo central del *Perfil*, que contiene el análisis del mexicano basado en el sentimiento de inferioridad⁷, Ramos subraya que la idea del complejo de la inferioridad del mexicano no es nueva y destaca que la novedad y la originalidad de su trabajo no residen en esta idea, sino en el “aprovechamiento metódico” de este rasgo idiosincrático del mexicano. (1951, 73) Ramos destaca su perspectiva científica y vincula su discurso explícitamente con la metodología psicológica de Adler.⁸ Ramos (1951, 73) insiste que la originalidad de su proyecto se halla en la sistematicidad: “nadie, que sepamos, se ha valido sistemáticamente de esta idea [del complejo de la inferioridad] para explicar nuestro carácter.”

En otro lugar estratégico del *Perfil* –la primera parte del primer capítulo titulada significativamente “El método”– encontramos otra referencia al carácter metódico del trabajo. El método utilizado, explica Ramos, es doble y se basa en las teorías de dos pensadores europeos: por un lado, el perspectivismo histórico de Ortega y Gasset y por otro, el psicoanálisis del ya citado Alfred Adler. Consideremos el primer componente de su combinación científica: Ortega y Gasset. En su *Historia de la filosofía en México*, Ramos explica por qué el perspectivismo histórico le concede el instrumento metodológico que le faltaba para definir lo mexicano (1943, 53). Por lo que es del segundo componente de su combinación científica, vemos que Adler, en su análisis neofreudiano del desarrollo individual, subrayó el papel de los sentimientos de inferioridad, más que el papel de las pulsiones sexuales, como la motivación básica subyacente a la conducta humana. Para Adler, los

⁷ El autor considera como el aspecto más distintivo de los mexicanos su complejo de inferioridad, de acuerdo con una idea lanzada ya en 1901 por Julio Guerrero. El deseo de mantener oculta esta inferioridad explica, en el entender de Ramos, el comportamiento de la población mexicana “ya que [el pueblo mexicano] sobrepone a ella [esta inferioridad] una imagen de sí mismo que no representa lo que es, sino lo que quisiera ser” (1951, 90). Dichos intentos para cubrir el sentimiento de inferioridad son pues camuflajes, creaciones ficticias, simulaciones, “disfraces para disimular su ser auténtico” (Ramos 1951, 71), mentiras: “[El mexicano] sustituye su ser auténtico por el de un personaje ficticio, que representa en la vida, creyéndolo real. Vive, pues, una mentira, pero sólo a este precio puede librar su conciencia de la penosa idea de su inferioridad.” (Ramos 1951, 14) El concepto de la inferioridad se convertirá en una constante en el discurso del siglo XX sobre la identidad mexicana: será reutilizado posteriormente por Octavio Paz (1950), Emilio Uranga (1952), Leopoldo Zea (1953), Abelardo Villegas (1979), Roger Bartra (1987) y Bolaños Cadena (2001), entre otros.

⁸ El psicólogo y psiquiatra austriaco Alfred Adler (1870-1937), formado en la universidad con Sigmund Freud y que funda una escuela neofreudiana de psicoanálisis basada en el sentimiento de inferioridad. Adler elabora, en sus obras más conocidas *Práctica y teoría de la psicología individual* (1918) y *El sentido de vivir* (1933), una

sentimientos de inferioridad conscientes o inconscientes —a los que denominó “complejo de inferioridad”— combinados con mecanismos compensatorios de defensa, eran las causas básicas de su carácter psicopatológico. Según Ramos, sólo es posible definir la mexicanidad combinando la teoría de las limitaciones históricas (el perspectivismo) y la doctrina de los rasgos psicológicos, dos teorías que, en la presentación de Ramos, son mutuamente complementarias. Igual que, para la psicología “no es posible definir el carácter individual de un hombre si no se conocen ciertas experiencias de la vida infantil”, tampoco es posible conocer el alma mexicana sin remontarse al comienzo de la historia nacional (Ramos 1951, 32).

Acabamos de destacar el énfasis que Ramos hace en el carácter científico y metódico de su *Perfil*. ¿En qué medida el *Perfil* realiza efectivamente estos criterios autoimpuestos de sistematicidad, metodología y análisis científicamente válido? Con el objetivo de contestar a esta pregunta, dedicaremos atención primero a la estructura del *Perfil*, luego a los argumentos utilizados para terminar con la construcción del enunciador en el texto.

3. ¿Realiza El perfil las ambiciones científicas del autor?

3.1. ¿Una estructura sistemática?

Empezando por la estructura del *Perfil*, vemos cómo el doble método histórico-psicológico de Ramos determina la estructura global del texto. Como si el problema de México fuera un paciente que estaba pasando sesiones de un psiquiatra, Ramos presenta, en el primer capítulo, el problema del paciente mexicano, es decir, el complejo de inferioridad, que se debe suponer en todos los individuos que manifiestan una exagerada preocupación por afirmar su personalidad. En el segundo capítulo, investiga el pasado del paciente en búsqueda de eventos e influencias de importancia. Destaca concretamente la discrepancia entre el nivel cultural de la joven Hispanoamérica y de la vieja Europa. Lo que el mexicano realiza en la cultura es inferior a lo que se propone alcanzar culturalmente, y de esta gran desproporción entre lo que desea realizar y lo que puede hacer nace el sentimiento de inferioridad. Sobre la base de esta investigación histórica, que aclara las razones del complejo de

racionalización del sentimiento de inferioridad que debe engendrar en el paciente la voluntad de remediar el complejo.

inferioridad, construye un gráfico del comportamiento mexicano, en el capítulo III y IV, en el que describe las consecuencias de este complejo de inferioridad en la vida diaria y en la vida cultural del paciente. En las clases bajas, el complejo de inferioridad se expresa a través de una actitud violenta y agresiva, en las clases altas, a través de una cortesía exagerada. En la cultura, el sentido de inferioridad lleva a la imitación de la cultura superior. Por último, en el capítulo V, el paciente se discute en el contexto de su reintegración en la sociedad y en el mundo.

Comprobamos que, hablando de la estructura general, es decir, la división en capítulos, podemos efectivamente reconocer un plan de trabajo sistemático y una lógica inherente a la aproximación global de Ramos al tema. Sin embargo, cuando estudiamos más en detalle la estructura, descubrimos que la organización del material dista de ser tan sistemática como pretende el autor y como parece a primera vista. A pesar de ser concebido como un estudio clínico y a pesar de haber organizado sus ideas en un plan arquitectural de lógica aparente, en realidad, *El perfil* es digresivo (por ejemplo, cuando Ramos habla de la importancia de la religión en México o en las largas citas), repetitivo (por ejemplo, en cuanto a la imitación cultural que se explica tanto en el primer capítulo como al principio del cuarto capítulo), discontinuo (las diferentes partes de cada capítulo no siempre se enlazan y constituyen a menudo conjuntos de por sí) e inconcluso (Ramos añadió en la segunda y tercera ediciones nuevos capítulos).

Pues bien, volviendo sobre nuestra pregunta de saber si Ramos realiza sus aspiraciones de sistematicidad en su *Perfil*, concluimos que hay una contradicción entre la aparente estructura sistemática del *Perfil*, por un lado, y la organización verdadera de los materiales que se puede caracterizar como digresiva, repetitiva, discontinua e inconclusa, por otro.

3.2. ¿Una argumentación lógica?

Para empezar, resulta que la ciencia está omnipresente en el estilo del *Perfil*. Las referencias en el vocabulario a las dos ciencias centrales de su método –la psicología y la historia– son una constante a lo largo de la obra. Ramos habla, por ejemplo, de psicología genérica, de mecanismos psicológicos, de una teoría psicológica, de una constitución mental, de un sistema psicológico, de una evolución histórica, de un fenómeno histórico, de un esquema evolutivo, de la historicidad. Por otro

lado, este léxico raramente se hace especializado, es decir no se hace difícil de comprender para el lector no-especializado en la materia de la psicología o la historia. A pesar de las apariencias, el léxico del *Perfil* no es pues verdaderamente científico, es decir, destinado a expertos en psicología o historia.

Pero más sorprendente que esta presencia de la ciencia en el vocabulario resulta quizás la predominancia de la ciencia en las figuras estilísticas. Ramos suele recurrir a comparaciones y metáforas relacionadas con el mundo de la ciencias exactas: zoología, botánica, ciencias naturales, biología, medicina, química, matemáticas. Otra fuente de inspiración frecuente es el mundo de la técnica, de máquinas, mecánica y aparatos. A modo de ejemplo, nos limitamos a cinco comparaciones. En primer lugar, Ramos justifica la inserción de algunas expresiones groseras del ‘pelado’ mediante una comparación en la que afirma que rehusar por pudor el estudio de las expresiones crudas del pelado, “sería como si un químico rehusara analizar las sustancias que huelen mal” (1951, 79). Más adelante, Ramos plantea que “el indio es como esas sustancias llamadas *catalíticas* que provocan reacciones químicas con sólo estar presentes” (1951, 85). A continuación, explicando cómo se debe lograr una síntesis cultural, Ramos aduce que “entre el proceso de la imitación y de la asimilación existe la misma diferencia que hay entre lo mecánico y lo orgánico” (1951, 23). Hablando del individualismo del español, Ramos concluye que “cada español parece un átomo rebelde cuyo movimiento tiende a separarlo de su centro natural de gravitación” (1951, 28). Finalmente, Ramos refiere que los librepensadores introdujeron en México “un sistema de ideas en que pudiera verse, como en el vidrio despulido de un aparato fotográfico, la proyección invertida del sentimiento religioso” (1951, 112).

Comprobando, pues, que Ramos cubre sistemáticamente sus comparaciones con una lámina de ciencia, concluimos que se empeña en convertir las figuras estilísticas —elementos persuasivos de la retórica que no apelan a la razón sino al sentido estético— en argumentos racionales. Para aclarar el proceso de disimulación al que nos referimos, citemos una comparación particularmente reveladora desde este punto de vista. Esta metáfora se basa en un elemento tradicionalmente poético, estético (a saber una flor), que, gracias a la inserción de un elemento de la química, —al menos en apariencia—, se hace más científica: “Era [el positivismo] un planta exótica pero que encontraba aquí en la atmósfera oxígeno que la alimentara, y que por eso vivió.” (1951, 118)

Pasando al nivel de la argumentación, comprobamos que la argumentación lógica está a primera vista muy presente en el *Perfil*. Ramos suele insistir en los procesos lógicos que está aplicando, –tales como la ejemplificación (1951, 79), la ilustración (1951, 58), la deducción (1951, 9), la comparación (1951, 94), la definición (1951, 30) o la concatenación lógica (1951, 17)– denominándolos explícitamente cuando los usa. También son numerosas las referencias al carácter lógico de su razonamiento (1951, 138 y 17) o a la falta de lógica del razonamiento de otros. Y, lo que más es, salta a la vista que Ramos suele mencionar que estos procesos lógicos “demuestran” su tesis o que proporcionan la “prueba” o la “corroboración” de su tesis. Pongamos un ejemplo que se sitúa en la introducción que precede al análisis del sentimiento de inferioridad del mexicano. Ramos advierte que no hay razón para que el lector mexicano se ofenda al leer su tesis sobre la inferioridad del mexicano y concluye la parte introductoria convirtiendo la posible ofensa del lector mexicano en la prueba por excelencia de la validez de su tesis sobre el complejo de inferioridad. Ramos recurre a Keyserling para pretender que en América “un primado de susceptibilidad”; y así la reacción de disgusto del lector mexicano sería “la más rotunda comprobación de nuestra tesis”. (1951, 74-75)

A continuación, Ramos analiza sucesivamente el complejo de inferioridad del ‘pelado’, del ‘mexicano de la ciudad’ y del ‘burgués mexicano’. El ensayista “demuestra” y ofrece “la prueba decisiva” que es la nacionalidad mexicana y no la clase social que crea el sentimiento de menorvalía (1951, 83-84). A pesar de las pretensiones de Ramos y de la omnipresencia de la ciencia en el léxico y el estilo del texto, es evidente que su argumentación no es lógica y que su texto no prueba nada ni conduce a una conclusión necesaria ni a una solución definitiva del problema planteado. En la misma línea plantea Béjar Narravo que “el estudio de Samuel Ramos no puede considerarse de ninguna manera válida desde el punto de vista científico” (1951, 92). Del mismo modo, el razonamiento de la retórica –en el sentido aristotélico del término– lleva a meras probabilidades o creencias; tiene valor persuasivo, pero no probatorio. Concluimos que existe una oposición entre la imagen que Ramos construye de su argumentación a través del vocabulario y de las figuras utilizadas, presentándola como si se tratara de una argumentación lógica con valor probatorio, por un lado, y el verdadero carácter verosímil, probable de su argumentación retórica, por otro.

3.3. ¿Un enunciador científico?

Pasando al nivel de la enunciación, Ramos aparentemente recurre a la borradura del yo de su texto, usando de la primera persona plural, empleando giros pasivos e impersonales. Evita tanto el uso explícito del yo en su texto, como la referencia explícita a experiencias o recuerdos personales. Cuando leemos el texto más en detalle, sin embargo, comprobamos que Ramos sí construye una imagen de sí mismo en el *Perfil*, y que esta imagen coincide con el tono científico y lógico de su trabajo. En la primera página del *Perfil*, Ramos destaca que la duda científica está a la base de su obra: “A ejemplo del método cartesiano, que nos sirva esta duda para justificar la investigación que ahora vamos a emprender.” (1951, 7-8). A lo largo de su trabajo, Ramos pone en tela de juicio lo expuesto en sus ensayos, haciéndose preguntas críticas acerca de lo que acaba de afirmar (1951, 12, 27, 53, 97), insertando figuras contrastivas que expresan la opinión contraria a la suya (1951, 29, 83, 95), juzgando las explicaciones que acaba de dar como insuficientes (1951, 42).

Entre las estrategias que contribuyen a la construcción de una imagen racional y científica del autor, conviene mencionar también el gran número de citas de autoridades que Ramos inserta en su propio texto, refiriéndose de modo científico en una nota al pie de la página a sus fuentes bibliográficas. Se trata a veces de autoridades —europeas en su mayoría— en el terreno de la psicología, pero más extensos y frecuentes son las citas de unos prestigiosos filósofos de la cultura tales como Hegel, Curtius, Keyserling, Spengler, Scheler. (1951, 47, 64, 74, 133, 136, 159)

Al autor científico del *Perfil* corresponde un lector también racional y objetivo. Efectivamente, se supone que el lector sigue el mismo método de duda sistemática que Ramos propone. Como consecuencia, las preguntas que prevén la posible duda del lector acerca de lo expuesto son una constante en el *Perfil* (“el lector se preguntará si”, “el lector objetionará que”...). Ramos invita al lector a participar activamente en la búsqueda de argumentos que pueden confirmar la tesis presentada en el análisis: “el lector [...] encontrará en sus propias observaciones los datos para comprobarlas [ideas expuestas]” (1951, 74). Además, Ramos no deja de estimular en sus lectores una actitud receptiva tan racional y científica que posible, sobre todo en aquellos pasajes de su texto que podrían suscitar una reacción emocional. Pensemos por ejemplo en la introducción del psicoanálisis del mexicano, en la cual Ramos invita al lector a no dejarse llevar por la emoción y a penetrar en sus

ideas “con entera ecuanimidad” (1951, 75). En otro pasaje, al referirse al estudio del lenguaje machista del “pelado” Ramos sugiere que el lector adopte la actitud científica del psicólogo frente a palabras groseras y evite la reacción emocional de rechazo frente a términos de vulgaridad para analizarlos bajo una perspectiva diferente (1951, 78-79).

Pues bien, esta construcción de una imagen racional y objetiva del autor, reflejada en una imagen similar del lector, representa al autor ideal que Ramos querría ser y al lector ideal al que se querría dirigir. En realidad y subyacente a esta capa de objetividad, encontramos valoraciones personales del autor por ejemplo sobre la cultura azteca, sobre el trabajo de los misioneros o sobre las clases sociales más bajas (1951, 10, 24, 42, 97, 101) y muestras de introspectividad (1951 27, 83). El *Perfil* no es un tratado neutro, sino se caracteriza por una impronta personal del propio autor. La objetividad en el tratamiento del tema es pues otra meta que el autor pretende alcanzar pero que en realidad no consigue.

4. Retórica versus lógica a los ojos de Samuel Ramos: inferioridad versus superioridad

Todos los fenómenos que acabamos de describir ilustran la misma operación que consiste en sobreponer a los rasgos verdaderos del texto una apariencia científica. ¿Cuáles son pues estos rasgos verdaderos que se esconden bajo la capa de barniz de la lógica? Los rasgos subyacentes a la capa científica tienen en común el vínculo con características que diferencian el discurso retórico del tratado científico. En cuanto a la estructura, el discurso retórico no se define como un género sistemático sino que se suele destacar su carácter fragmentario, parcial y discontinuo. En el discurso retórico, no reina la objetividad, sino que la propia persona del autor se presenta en el texto porque de la fiabilidad de esta persona depende el carácter persuasivo del discurso. El carácter del orador se convierte pues en un verdadero argumento. La argumentación del discurso retórico es verosímil, esto es, carece de valor probatorio y son precisamente el lenguaje imaginativo, rico en figuras estilísticas, y los argumentos emocionales, tales como el carácter del orador, que compensan, en discurso retórico, la falta de pruebas explícitas. Perelman (63) define la retórica precisamente en oposición a la argumentación lógica al describirla como el conjunto de “les moyens d’argumentation, *autres que*

ceux relevant de la logique formelle, qui permettent d’obtenir ou d’accroître l’adhésion d’autrui aux thèses qu’on propose à son assentiment” (subrayado nuestro). Llegamos a la conclusión que Samuel Ramos intenta hacer pasar su discurso retórico por un tratado científico, y que lo hace disimulando los rasgos que distinguen el ámbito de la retórica de lo puramente lógico y objetivo, por un lado, y construyendo una red de referencias a su supuesto método sistemático y a la validez científica de su obra.

Volvamos un momento sobre la hipótesis que Ramos defiende acerca de la esencia del mexicano, que reside, lo recordamos, en el complejo de inferioridad. Habíamos comentado que el deseo de mantener oculta esta inferioridad es, en el *Perfil*, un rasgo distintivo de los mexicanos: “[el mexicano] sobrepone a ella [esta inferioridad] una imagen de sí mismo que no representa lo que es, sino lo que quisiera ser” (1951, 90). Estableciendo la relación entre la forma y el contenido del trabajo de Ramos, lanzaremos la hipótesis de que la máscara científica es un disfraz parecido a la imagen ficticia construida por el mexicano para disimular su ser auténtico, resentido como una esencia inferior. Aventuramos, pues, la hipótesis de que el aspecto formal de la obra de Samuel Ramos constituye un caso ejemplar de la tesis sobre el sentimiento de inferioridad del mexicano y su disimulación continua que el propio Ramos expone. Desde este punto de vista, el propio *Perfil* se convierte en un argumento que corrobora la tesis de Ramos. Dicho de otro modo: la tesis de Ramos sobre la mexicanidad se inscribe, por su organización formal de camuflaje que acabamos de revelar, en el sistema de disimulaciones que el propio texto expone.

Pasemos a la siguiente interrogante: ¿Por qué está tan ansioso el filósofo Ramos por ocultar los rasgos retóricos de su trabajo? Dicho de otro modo: ¿Por qué considera la retórica como una argumentación inferior? La retórica –debido a la falta de valor probatorio de los argumentos racionales y por el recurso a argumentos emocionales y expresivos– no goza del prestigio de la ciencia. Esta valoración negativa de la retórica, como hemos destacado en los preliminares, tiene sus raíces en la antigüedad. En los círculos racionalistas, la retórica se suele despreciar porque supuestamente no está al servicio del conocimiento de lo verdadero, sino todo lo contrario. Siguiendo a los grandes racionalistas como Locke y Kant, Ramos igualmente adopta una posición antirretórica. Dentro del contexto filosófico mexicano de los años treinta, asocia la retórica con el romanticismo y utopismo de

los pensadores Caso y Vasconcelos de la generación del Centenario. Es precisamente de dichos filósofos que Ramos quiere distanciarse, al subrayar, como rasgos que diferencian su trabajo del de sus maestros, las calidades racionales, tales como la sistematicidad y el método.

Surge una última pregunta: ¿Es la argumentación retórica de verdad un razonamiento inferior? ¿Es de verdad tan preferible la argumentación lógica? Según Perelman la argumentación lógica no es propia de la filosofía, al contrario, dicha disciplina se encuentra profundamente imbricada con la retórica, tanto, que difícilmente se puede hacer filosofía sin retórica. Perelman (99), al considerar que “il y a des domaines, celui de l’argumentation religieuse, celui de l’éducation morale ou artistique, celui de la philosophie, celui du droit, où l’argumentation ne peut être que rhétorique” pone de relieve que todos esos campos científicos –aparentemente tan diferentes entre sí– tienen en común el recurso a los procedimientos argumentativos (verosímiles, expresivos y emocionales) de la retórica. Ello se debe al hecho de que los asuntos tratados en dichas disciplinas simplemente no se prestan a la prueba de la experiencia ni a la prueba lógico-formal. Los argumentos de estas disciplinas se conciben en función de la totalidad de la persona del receptor, a la vez un ser racional, pasional y contextual. La retórica, entendida bajo la concepción aristotélica de “la facultad de considerar en cada caso el medio de persuasión que cabe emplear”, lejos de ser un instrumento inferior, suministra más bien los medios ideales para conseguir la persuasión de la mente y del corazón de los lectores del México de los años treinta. El discurso retórico es concebido como una estructura finamente cordida para convocar equilibradamente las cargas emotivas e intelectuales del lector. La supuesta ‘inferioridad’ que Ramos se empeña en camuflar es en realidad –igual que en la tesis sobre la esencia del mexicano que el propio Ramos defiende– únicamente un *sentimiento* de inferioridad, cuyas características no tienen por qué ser escondidas. Como explica el propio Ramos (1951, 163): “eso no significa que el mexicano sea inferior, sino que *se sienta* inferior, lo cual es cosa muy distinta” (subrayado nuestro).

Obras citadas

Aristóteles. *Retórica*. Ed. de Q. Racionero. Madrid : Gredos, 1990.

- Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo, 1987.
- Belaval, Yvon. *Digressions sur la rhétorique*. Paris: Ramsay, 1988.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*. México: Porrúa, 1988.
- Bolaños Cadena. *La identidad perdida y otros mitos*. México: Vila, 2001.
- Béjar Navarro, Raúl. *El mito del mexicano*. México: Universidad Nacional Autónoma, 1968.
- Caso, Antonio. *Discursos a la nación mexicana*. Obras completas. Tomo IX. México : UNAM, 1976.
- Cicero, Marco Tulio. *De Oratore* (2 vols.) (trad. De E.W.Sutton y E. Rackham) London Cambridge-Massachusetts: William Heineman Ltd.-Harvard University Press, 1967-8.
- Díaz Arciniega, Víctor. *Querella por la cultura revolucionaria (1925)*. México: FCE, 1989.
- González Bedoya, Jesús. 1989. Perelman y la retórica filosófica. Prólogo de la traducción española de Perelman, Ch. Tratado de la argumentación. Madrid : Gredos, 7-26.
- Guerrero, Julio. *La génesis del crimen en México*. México: Porrúa, 1999.
- Meyer, Michel. *Lógica, lenguaje y argumentación*. Buenos Aires : Librería Hachette, 1987.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad, Postdata y Vuelta a El laberinto de la soledad*. México: FCE, 1989.
- Perelman, Chaïm y Olbrechts-Tyteca, Lucie. “Logique et rhétorique”. *Rhétoriques*: 63-100, 1989.
- Quintiliano, Marco Fabio. *Institutio Oratoria*. (vol. I-IV), trad. Por H.E. Butler. London-Cambridge-Massachusetts : William Heinemann-Harvard University Press, 1958.
- Ramos, Samuel. 1925. “Incipit vita nuova”. *La Antorcha* 13.37: 5-8.
- . *Hipótesis*. México: Secretaría de la Institución Pública, 1928.
- . *Historia de la Filosofía en México*. México: Imprenta universitaria, 1943.
- . *Antonio Caso, filósofo romántico*. México: UNAM, 1946.
- . *Perfil del hombre y la cultura en México*. México: Pedro Robredo, 1951.
- Sheridan, Guillermo. *México en 1932: la polémica nacionalista*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. México: Espasa Calpe, 1948.
- Uranga, Emilio. *Análisis del ser del mexicano*. México: Gobierno del Estado de Guanajuato, 1990.

Villegas, Abelardo. *La filosofía de lo mexicano*, México: UNAM, 1979.

White, Michèle and Halsall, A.W. “Pour une bibliographie de la rhétorique: 1971-1989”. *Texte (Revue de critique et de théorie littéraire): La rhétorique du texte*, 8/9, 405-452, 1989.

Zea, Leopoldo. *Conciencia y posibilidades del mexicano y otros ensayos*. México: Porrúa, 1953.